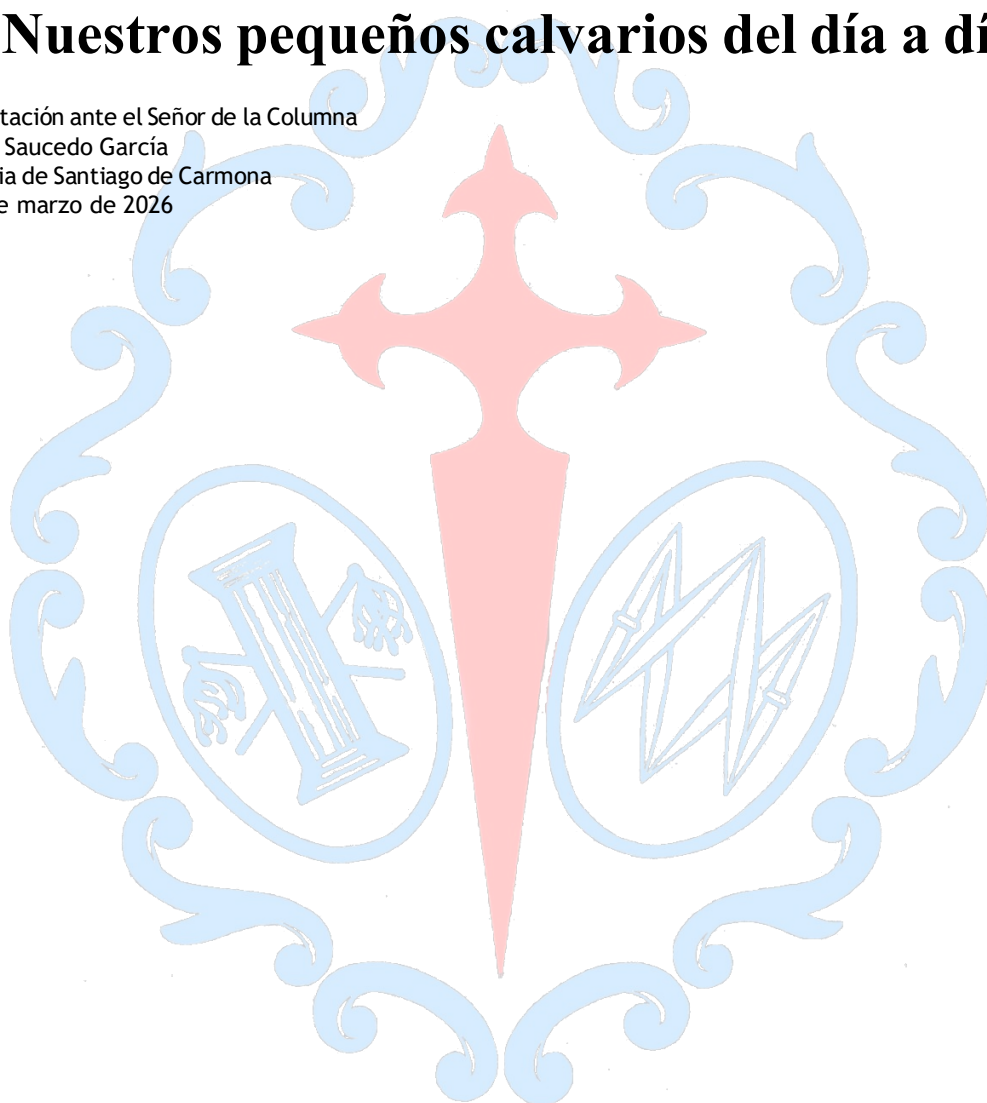


Nuestros pequeños calvarios del día a día

Meditación ante el Señor de la Columna
José Saucedo García
Iglesia de Santiago de Carmona
21 de marzo de 2026



Señor, hoy ante tu imagen veo mi reflejo.

**Señor, ante ti descubro mi propio camino,
recuerdo mi pasado, veo mi presente y espero mi futuro.**

Aquí estoy Señor, delante de ti, de tu mirada, envuelto en silencio, para contarte cosas de mí, que tú ya sabes.

Y como me enseñaron desde pequeño, te quiero rezar el ‘Padre Nuestro’, la oración con la que nos acercamos a ti cuando queremos hablar contigo.

Pero este Padre Nuestro que te rezo hoy, es especial porque te siento más cerca que nunca.

Lo que veo es un hombre que, aunque es Dios encarnado, en esa parte de hombre lleva los mismos defectos y virtudes que pueda tener yo, que pisa el mismo suelo que yo, y respira el mismo aire que yo.

Por eso me he permitido la licencia de cambiar mi rezo, hoy a un hombre como yo, porque por amor quisiste ser uno de nosotros:

Padre nuestro que estás en la tierra.

Que tu nombre inspire respeto, amor y ternura

Que tu reino crezca por nuestras acciones.

Que tu voluntad se cumpla en nuestras decisiones.

Danos fuerza, fe y esperanza.

Como Tú, que perdonaste sin medida, enséñanos a perdonar a nuestros hermanos con el corazón abierto.

No nos dejes caer en el ego y la indiferencia.

Y libranos de todo lo que nos aleje del amor.

AMÉN.

No quiero olvidarme en este momento de todas aquellas personas que pasaron por mi vida, sobre todo las que ya no están entre nosotros.

Aquellas que me convirtieron en lo que hoy soy e influyeron en mi manera de ser, de pensar y de ver la vida.

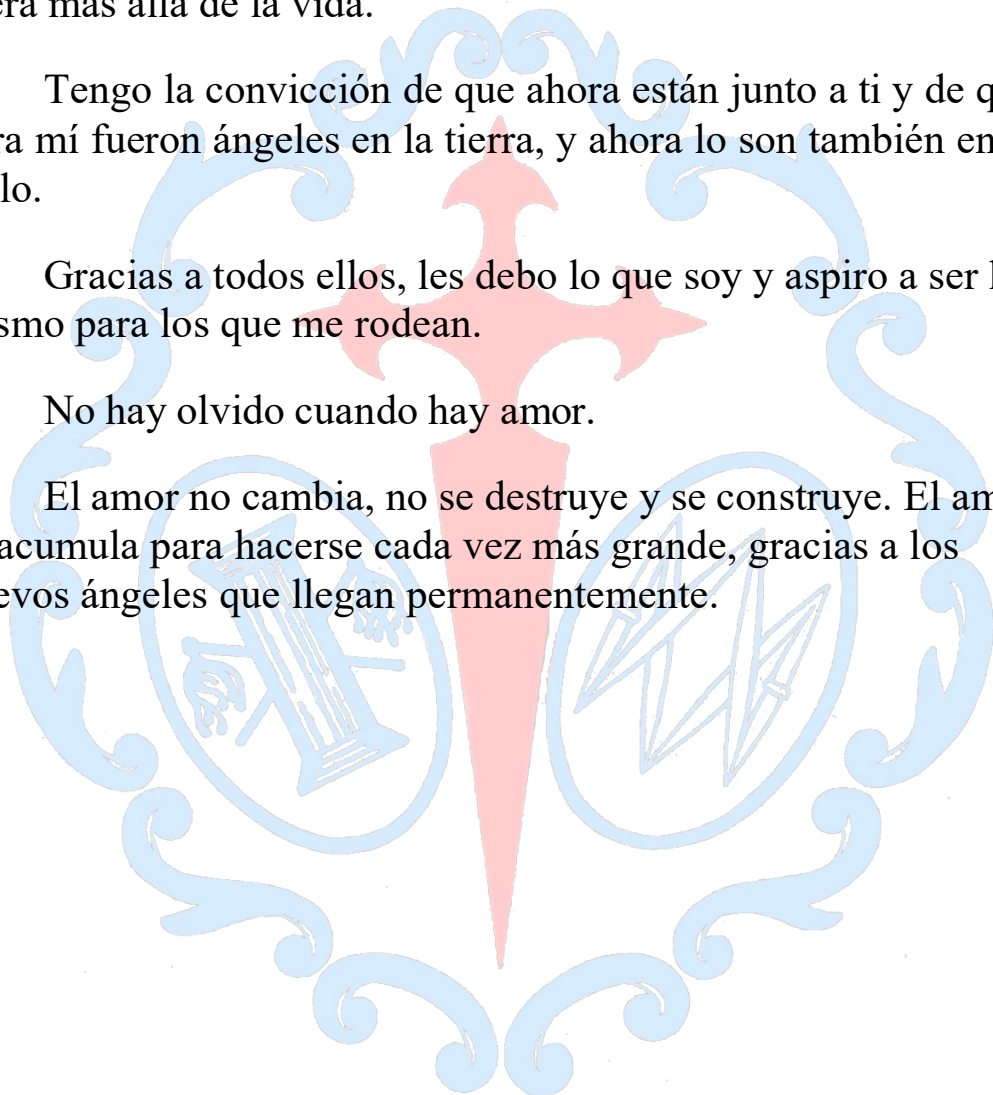
Personas que con su amor y cariño hicieron que su presencia fuera más allá de la vida.

Tengo la convicción de que ahora están junto a ti y de que para mí fueron ángeles en la tierra, y ahora lo son también en el cielo.

Gracias a todos ellos, les debo lo que soy y aspiro a ser lo mismo para los que me rodean.

No hay olvido cuando hay amor.

El amor no cambia, no se destruye y se construye. El amor se acumula para hacerse cada vez más grande, gracias a los nuevos ángeles que llegan permanentemente.



Quisiera hacer también un breve repaso de lo que ha sido mi vida con respecto a la hermandad, que quizá no fue como hubiera querido, pero es la que es.

En mis primeros recuerdos de la Semana Santa estoy con 5 o 6 años, viendo pasar la procesión del silencio por una calle estrecha y oscura, escondido tras mis padres con más miedo que otra cosa... Nazarenos infinitos, insignias misteriosas, y silencio, mucho silencio. Solo escuchaba mis pensamientos.

Me veo vestido “de domingo” cuando una mañana de Viernes Santo, soleada y calurosa, la hermandad de San Pedro pasa por la puerta de la casa de mi abuela Dolores... en mi recuerdo aún soy capaz de oler el incienso que adornaba la comitiva.

O viendo pasar Santiago por el arco de la Puerta de Sevilla mientras un celador riñe a un niño que se cruza por medio de la cofradía.

Me recuerdo también, vestido de nazareno en San Blas con 8 años, por primera vez, en la cofradía del que fue mi barrio, junto a mi hermano Juan. Con unas túnicas prestadas que mi madre preparó para nosotros con el máximo amor y cuidado.

Sabes de mi andadura en esta hermandad, de cómo empecé con 9 o 10 años a acompañarte cada Jueves Santo como nazareno por ser ésta la hermandad a la que pertenecían mi padre y mi tío Miguel.

Quizá en aquellos tiempos una de las hermandades más humildes que había en Carmona. Creo que también me gustó eso.

Y más tarde, con solo 14 años, vino mi etapa de costalero, animado por mis amigos Paco y José Manuel.

- “Pepe, te tienes que buscar un costal y una faja, pues la semana que viene ya empiezan los ensayos y te hemos apuntado con nosotros” - me dijeron de improviso.

- “Ni hablar, yo no me meto ahí debajo a pasar calor” - les contesté.

Pero al final cedí... bendita la hora.

Y todo fue probar el primer ensayo, y ya estaba deseando salir el Jueves Santo.

Aún recuerdo mi primera salida bajo tu paso, el Padre Nuestro y el Ave María rezados por toda la cuadrilla antes de la primera “levantá”, la música de la banda de la Hermandad de la O que comenzó a tocar dentro de la iglesia ofreciéndonos la primera marcha mientras cuadrábamos el paso en el cancel, el esfuerzo de todos en la puerta al salir, el silencio solo roto por la voz del capataz, y la euforia de todos cuando ya estábamos en la calle... eso no se olvida.

No sabía explicar lo que sentía. Creo que era una mezcla de todo, amistad, compañerismo, el esfuerzo común y compartido, la música, el olor a incienso, y por supuesto... la Fe... que jamás me ha faltado.

Tú sabes que nunca me faltaba un Padre Nuestro ante tu imagen o un Ave María ante tu Madre cada vez que pisaba la iglesia...

Era como saludar a mis padres cuando llegaba a casa.

Tú lo sabes Señor.

Los recuerdo como días felices, en los que estuve muy pegado a la hermandad.

Fueron los comienzos de las cuadrillas de hermanos costaleros, de juntas juveniles. Fue un florecer de la vida de hermandad, y tuve la suerte de estar ahí.

Momentos de convivencia alrededor de un perol de arroz con carne que nos preparaba Curro, los inolvidables ensayos con sus fallos y aciertos, amigos y conocidos como Antonio “el Porrita” que por su alegría, amabilidad y amor incondicional a la Hermandad quedaron para toda la vida.

Fueron muchos más, pero no puedo ni quiero mencionarlos por temor a olvidar momentáneamente a alguno de ellos.

Yo sé quiénes son,

ellos saben quiénes son,

y Tú también lo sabes Señor.

Pero llegaron las obligaciones, y los cambios en las prioridades y poco a poco me fui alejando cada vez más, para pasar a ser ese tipo de hermano, con el que no puedo negar que se puede contar, pero que no está presente.

Es por ello, por lo que en tu presencia quisiera pedir disculpas al resto de hermanos. Sobre todo, a esos que sí están siempre, a los que mueven la maquinaria y son guardianes de tan precioso legado material, humano y espiritual, que conservan con su amor, trabajo y dedicación.

Y por supuesto agradecerles que nunca me sentí un extraño al entrar aquí a pesar del tiempo que hubiese transcurrido. Siempre encontré un saludo, un apretón de manos y un “me alegro de verte”.

De hecho, hoy estoy aquí, ante ti, precisamente porque a pesar de la distancia y del tiempo pasado, mis hermanos me permiten el honor de pronunciar estas palabras.

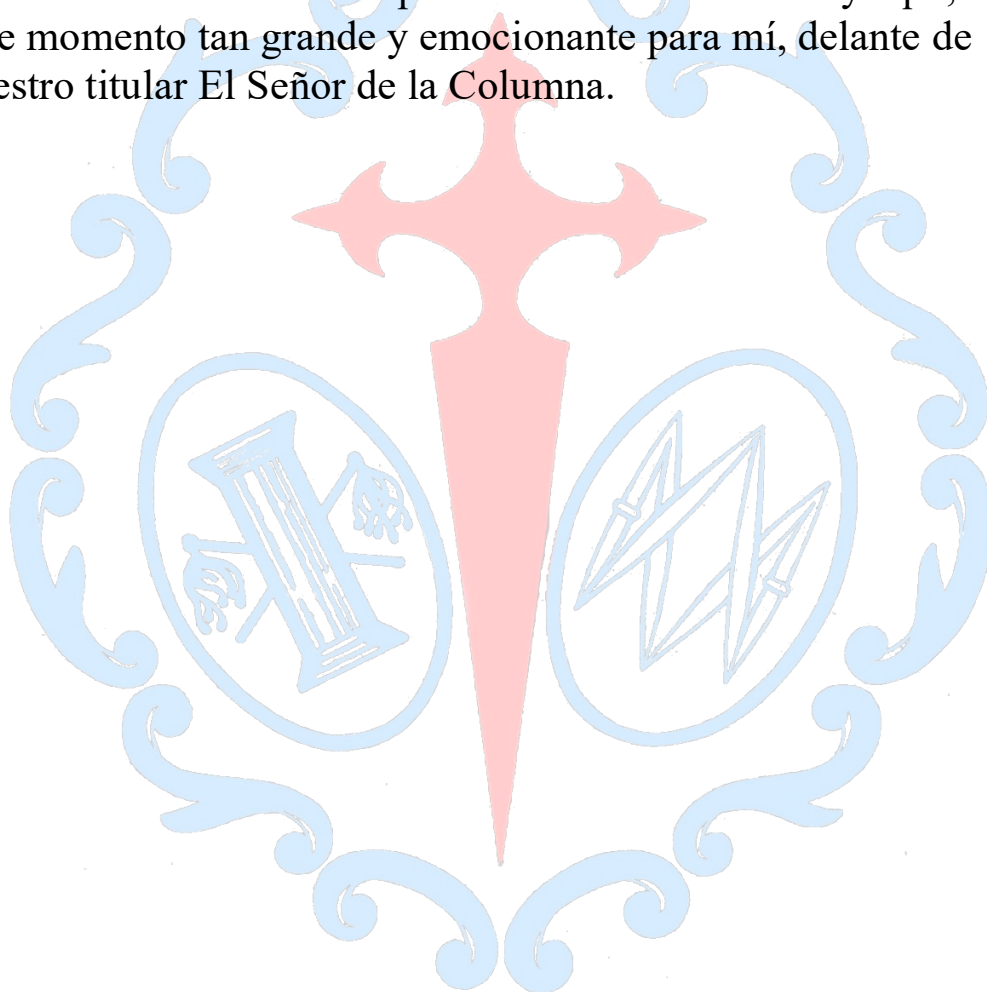
Y así fue, como el pasado año, en este mismo acto, hablándome con la sencillez que caracteriza a nuestro Hermano Mayor José María, que para mí siempre será cariñosamente “Matute”, me animó a colaborar tras exponerle cuánto me había gustado este acto. Esta manera tan cariñosa y respetuosa de subirme a tu paso procesional en el que recorrerás las calles de Carmona, también para hacer reflexionar a quien te vea pasar.

Convinimos en que yo escribiría unas palabras para este año, aceptando por su parte y poniendo toda su confianza en mí, la misma que puso esta junta de gobierno meses más tarde al confirmar mi presencia hoy aquí.

Y para responder a esta confianza, a continuación, y humildemente, haré una reflexión muy sencilla desde lo personal,

pero con la intención de que pueda servir a todos, sobre el transcurrir de nuestra vida y de cómo podemos llevarla de la mejor manera, teniéndote a ti como referencia.

GRACIAS, HERMANOS por acogerme de esta manera, comprendiendo mis errores, y mi forma de participar en la Hermandad. Y sobre todo permitiéndome el estar hoy aquí, en este momento tan grande y emocionante para mí, delante de nuestro titular El Señor de la Columna.

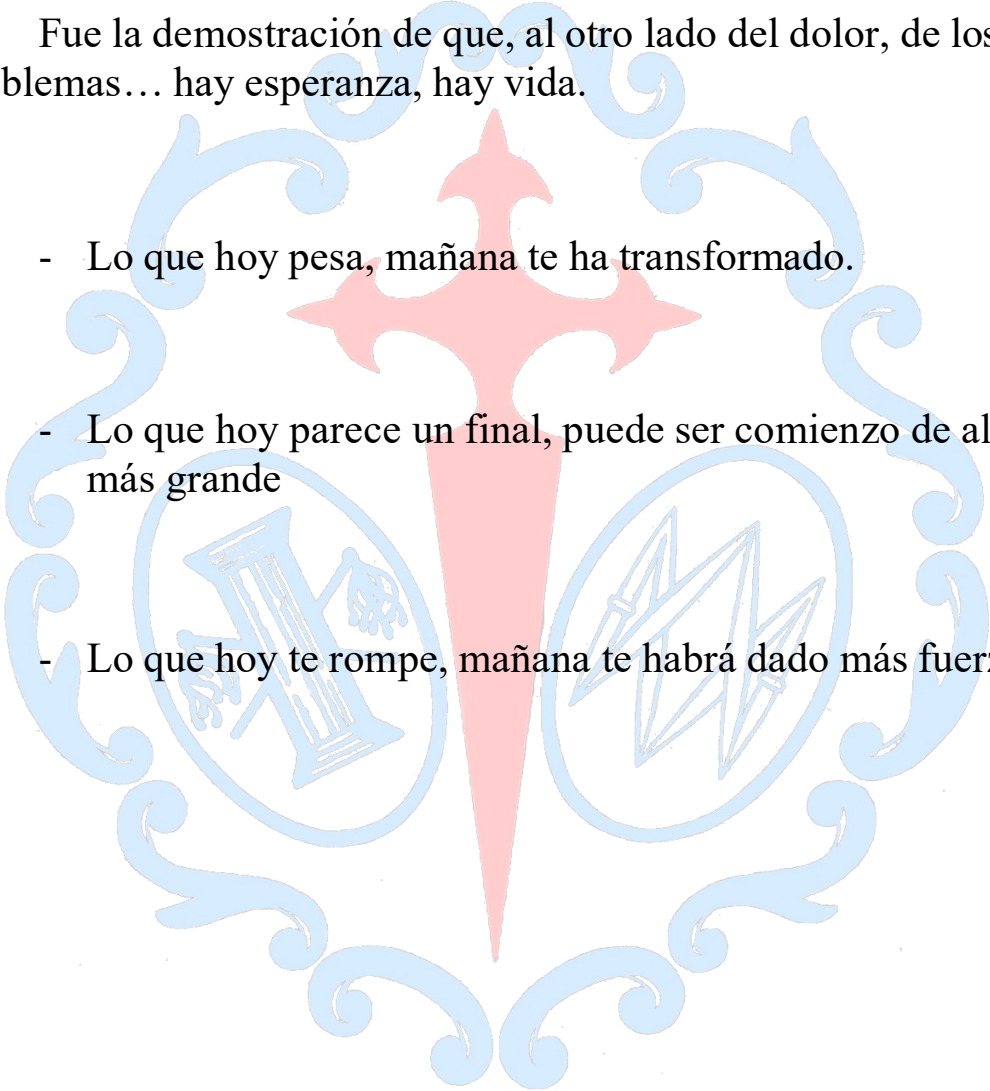


Hay días que pesan más de lo normal, en los que uno siente que camina cuesta arriba, que las fuerzas no alcanzan, que la oscuridad le roba el espacio a la luz.

La historia de la Pasión y Resurrección nos recuerda algo esencial:

La oscuridad nunca tiene la última palabra.

Fue la demostración de que, al otro lado del dolor, de los problemas... hay esperanza, hay vida.

- 
- Lo que hoy pesa, mañana te ha transformado.
 - Lo que hoy parece un final, puede ser comienzo de algo más grande
 - Lo que hoy te rompe, mañana te habrá dado más fuerza.

Como un faro para un barco, tú eres para nosotros la salvación en nuestra travesía.

Señor, Tú sabes de la sinceridad de mis palabras.

Tú sabes todo de mí. No cabe escondite alguno.

Sabes de mis preferencias, de mis logros y mis fracasos, de mi lado más amable, pero también de mi parte más oscura.

Como Tú, en el Huerto, también sentí el peso de la soledad y la angustia por lo que veía venir. También yo recé para que todo pasara y se quedara en un mal sueño.

Como Tú en el momento del prendimiento, también me sentí prisionero de las circunstancias, sin escape posible.

Como Tú en la columna, recibiendo esos brutales golpes del látigo, yo también recibí los golpes del destino.

Como Tú, cuando ibas camino del Gólgota, también sentí la soledad, aunque también la ayuda de algún que otro Cirineo,

Como Tú en los últimos momentos en la cruz, también sentí el dolor de la pérdida y la incertidumbre del futuro.

Vi cómo la vida me despojaba de todo, sentí la soledad, con el corazón roto y la carga de seguir adelante cuando todo parecía perdido.

Por ello me veo en ti.

Por ello quiero verme en ti.

Todos tenemos en nuestra vida estos momentos. Son nuestros **“pequeños calvarios del día a día”**

Pero, al mirarte, veo en tus ojos la enseñanza del sacrificio, la fortaleza en el sufrimiento, y la promesa de que la historia no termina en el dolor y la muerte. Porque, así como Tú no quedaste en la columna ni en el calvario, yo tampoco quedé en mi tristeza.

Como tú nos enseñas, siempre queda la esperanza...el final es la Resurrección.

Y tras mi calvario personal, mi propia resurrección llegó cuando convertí la rutina diaria en levantar el templo desmoronado, y cuyo motor era el amor por mi hija, Mar... Solo Tú sabes cuanto la quiero... ni siquiera ella...ni siquiera yo mismo... Solo Tú sabes cuantas veces te recé en silencio para que todo le fuera bien. Solo tú sabes cuantas veces te recé pidiéndote consejo para llevarla por el mejor camino.

Mi propia resurrección llegó con días de trabajo duro, de noches en vela, de preocupaciones... también de alegrías. De batallas ganadas, que no de guerras terminadas.

Mi propia resurrección llegó al sentirme arropado por mis hermanos en los peores momentos.

Mi propia resurrección llegó cuando el amor volvió a mi vida de la mano de la que ahora es mi esposa.

Luz María, no podía llamarse de otra forma la mujer virtuosa, cariñosa y trabajadora que venía a iluminar mi vida. Otro ángel en la tierra. Y fue cuando mi familia se renovó y el hogar volvió a llenarse de alegría.

Y seguirán existiendo esos malos momentos, esas batallas perdidas... esos **“pequeños calvarios del día a día”**, pero con tu enseñanza serán más llevaderos.

Hoy, con humildad y gratitud, me presento ante Ti. No sólo para pedir, sino para agradecer lo que nos enseñas. Porque en tu cara veo resignación, pero a la vez compasión, en tu mansedumbre también encuentro tu fortaleza, y en tu amor conocí una nueva vida.

Cristo de la Columna, en tu silencio descanso, en tu paciencia aprendo, en tu esperanza confío.

Veo tus manos atadas a esa columna, y quisiera fundir con ellas las cadenas invisibles que aprisionan las mías. Cadenas cuyos eslabones son el miedo, la soberbia, la falta de confianza, para que me enseñes a vivirlas con serenidad. Pues te veo en el suplicio, pero no veo desesperación. En tu rostro sereno me quiero quedar.

Señor, al contemplarte, te veo frágil, pero a la vez invencible. Infunde en mí esas virtudes, para que, dentro de mi propia fragilidad, sea fuerte y capaz de llegar a buen puerto con cualquier cosa que me proponga.

Contemplo tu sufrimiento, tu cuerpo herido y te pido que me hagas sensible al sufrimiento de los demás, a los que padecen injusticia, enfermedad o soledad, y tratar a todos con la compasión que también veo en tu rostro.

Oigo tu silencio. No te revuelves a gritos, pero tu mansedumbre es fuerza. Te pido esa misma actitud en mis días, aprender a callar cuando debo, a resistir en paz y con esperanza.

Tras la columna está la cruz, pero detrás de la cruz está la vida. Haz crecer en mí la esperanza, enséñame a esperar con fe en el futuro.

Gracias, Señor, por enseñarnos que cada sufrimiento puede transformarse en un renacer. Que Tu sacrificio sea siempre el faro que nos ilumine en los momentos de oscuridad...

Señor, enciende en mí esa esperanza que venció a la muerte.

Ayúdame a vivir cada día con valentía y con el convencimiento de que todo pasa por algo... al menos para aprender a ser pacientes, a tener esperanza... a confiar, a agradecer que Tú caminas conmigo, paso a paso, día a día.

Acompáñame, Señor en mis luchas, mis batallas diarias y mis problemas, y también en mis dichas y alegrías.

Dame la paz que nace de saber que Tú estás a mi lado y que cada día puede traer un nuevo comienzo... **Una nueva Resurrección.**

Que así sea.